

versa con especialidad sobre los últimos años de su reinado. Y no es precisamente porque fuese desgraciado su fin, y se hallase el reino reducido al estado mas deplorable. Injusto seria imputarlo á un monarca, que se encontró, muy á su pesar, empeñado en una guerra casi inevitable, hizo todo lo que estuvo de su parte para obtener la paz y grangearse á sus enemigos. No fué esto, repetimos, lo que arrancó tantas quejas á algunos escritores. Es menester decirlo, fué porque en esa época Luis se mostró mas religioso que nunca; porque consagró mayor atencion á los asuntos de la Iglesia; porque dió pruebas de mucha confianza á una muger célebre, pero piadosa, que no se valió de su influjo sino para hacer bien á la religion; porque tomó su corte un aspecto mas severo; porque en fin, para servirnos de la misma espresion que han empleado sus censores, porque era devoto. He aquí su grande sin razon á los ojos de la filosofía. Mas nos atreveremos á afirmar que este príncipe verdaderamente grande durante toda su existencia, lo pareció todavía mucho mas en sus últimos años. Véase en las *Memorias* de Torey cuan penetrado se sentia por las desgracias de los pueblos, y á pesar de su constancia de vez en cuando dejaba asomar alguna lágrima en sus ojos. ¡Con cuánto dolor no vió caer antes que él á los herederos de su trono! Su religion y firmeza se manifestaron con todo esplendor á la hora de su muerte. El duque de Saint-Simon, que lo ha halagado poquísimo en

sus *Memorias*, le hace con todo justicia en esta ocasion. « El rey, dice, no dió muestras de ningun pesar, al abandonarle la vida, y la firmeza de su alma no se alteró por la mas ligera impaciencia. No le importunaban las órdenes que tenía que espedir. Todo lo arreglaba con sangre fria, llevándolo todo á cabo con esa decencia, esa gravedad y esa magestad que habian acompañado todas las acciones de su vida. Luego que se vió libre y que se habia ya desprendido de todo negocio y cuidado temporal, se ocupó esclusivamente en Dios, en su salvacion, en la nada, y hasta se le escaparon de sus labios estas palabras *del tiempo en que fué rey*. Absorbido ya de antemano en este grande porvenir, en donde se creia ya tan cercano á entrar, con un desprendimiento sin violencia, con una humildad sin bajeza, con un desprecio de todo lo que ya no era para él, consolaba á todos los que le estaban sirviendo, viéndolos sumergidos en el llanto. Y lo que le hizo mas admirable fué sin duda verlo siempre profundamente confiado en Dios, esperando en su misericordia y en la sangre de Jesucristo, con una entera resignacion de su estado, de su duracion y hasta sintiendo que no sufriese mas. ¡Quién no admirará un final tan superior y al mismo tiempo tan cristiano! » En semejantes sentimientos de sublime piedad terminó, en efecto, este gran rey su dilatada carrera, volviendo mas sensible todavía su pérdida las circunstancias en que murió. Al principio de agosto habia ordenado que se for-

mase una minúta sobre una declaracion por la cual se ordenaria á los obispos opositores el conformarse á la mayoría de sus colegas, y publicar la constitucion, que el príncipe queria tuviese fuerza de ley en su reino. Este proyecto de declaracion, que debia servir de preliminar al concilio propuesto que debia tenerse, escitó los temores del partido y las reclamaciones de algunos magistrados, quienes pretendieron que esto era poner la mano en el incensario, y que el rey no podia mandar así á los obispos; como si el soberano no tuviese el derecho de prestar su apoyo á la ejecucion de los decretos de la Iglesia, y la bula no hubiese adquirido ya por la aceptacion de tantos primeros pastores un grado de autoridad tal, que se estuviese obligado á someterse á ella. Así es que el rey, persuadido de la equidad de sus miras, persistió en su proyecto, y anunció un solio real de justicia<sup>1</sup>, en que haria registrar la declaracion. El partido estaba en las alarmas, cuando la enfermedad del rey reanimó sus esperanzas; y al mismo tiempo que los amigos del Estado y de la Iglesia estaban llenos de angustia, y que aun los mismos extranjeros, maravillados de este reino y magnanimidad del monarca, honraban su memoria con justos elogios, su muerte vino á ser para los facciosos un motivo de triunfo, y la señal de una licencia sin límites. Insultaron la memoria de un monarca, que habia sa-

<sup>1</sup> Es decir, anunció que pasaría al parlamento.

bido contener á los partidarios de las turbulencias: un espíritu de independencia, una extrema libertad de opiniones, una profusion de libelos perniciosos, una depravacion de costumbres de que aun se hizo trofeo, distinguieron esta triste época. Un rey niño sucedia á un príncipe habil y respetado: la Regencia, á pesar del testamento del difunto rey, pasó al duque de Orleans, hombre amable y dotado de talentos, pero facil, amigo de los placeres, á los que se entregaba con exceso, sin principios por otra parte, y bastante indiferente por la religion. Para apoderarse de la autoridad, lisongeo á los parlamentos, que bajo el último reinado se habian mantenido en la dependencia y limitado al ejercicio de las funciones judiciales, procuraban volver á tomar el ascendiente durante la minoridad. El parlamento de París sobre todo se recordaba de la figura que habia hecho en otra ocasion, y deseaba volver á entrar en el conocimiento de los negocios del gobierno. Ademas este gran cuerpo no habia sido inaccesible al espíritu de novedad: una parte de sus miembros se habia dejado ganar por los artificios de una secta sagaz. Aun algunos hombres de bien habian sido atraidos por las apariencias de celo y de piedad. El regente quiso igualmente lisongear un poderoso partido: el cardenal de Noailles volvió á aparecer en la corte, y fué hecho presidente de un consejo de conciencia para los negocios eclesiásticos: esta eleccion mostraba bastante los pasos que iban á seguirse. La asamblea

del clero que entonces se tenia en París se alarmó, é hizo representaciones que fueron desatendidas. El cardenal hizo bien pronto sentir su influencia. El padre Le Tellier, confesor del rey difunto, le era odioso, y fué desterrado. Llamaron á los cuatro ó cinco doctores que Luis XIV habia alejado : estimularon á los refractarios á elevarse contra la constitucion : hasta las dignidades de la Iglesia vinieron á ser la recompensa del celo por el cardenal á sus adictos : por su conducto los abates de Lorraine, Bossuet, d'Entraigues, obtuvieron su nombramiento á obispados, y estas elecciones indiscretas fueron el presagio de nuevas borrascas. Todo mudó de aspecto á la vez, y este paso de un reinado á otro fué señalado por una especie de revolucion, tanto moral, como política. A una corte grave y austera, sucedió una corte frívola y disoluta. El recato fué reemplazado por la licencia, y la decencia sufrió los ataques de la ridiculez. No solamente se entronizó la inmoralidad, sino que se hizo gala de la depravacion; y fueron necesarias nuevas palabras para espresar vicios hasta entonces desconocidos. Bien pronto acogió el regente ese sistema fraudulento que inflamó la codicia con el cebo de una ganancia facil, que hizo preferir á los medios legítimos de enriquecerse, los manejos infames del agiotage, que arruinó á los hombres de bien para enriquecer á los astutos, y que enseñó por fin á los particulares á burlarse, á imitacion del gobierno, del honor y la confianza, desterrar la

buena fe del comercio y sancionar antes que todo el oro y la fortuna. No entraremos en los pormenores de las operaciones de este famoso sistema, puesto que sus resultados son harto conocidos. Al cabo de poco tiempo se halló el Estado con mas atrasos de los que le agoviaban antes, y una multitud de particulares, reducidos á la indigencia, maldecian la mania funesta de que se habia dejado llevar un príncipe tan crédulo. Un obispo de este tiempo, escribió al regente con toda la libertad de su ministerio, haciéndole una deplorable pintura de las consecuencias del sistema y representándole el comercio aniquilado, la moral perdida, las leyes despreciadas y los pueblos llenos de indignacion, por haber sido tan cruelmente despojados y reducidos á la última miseria. Todos los historiadores han observado la siniestra influencia que tuvo esta época famosa, observacion que han hecho igualmente los filósofos. Sin embargo la mayor parte de estos han alabado muchísimo al regente, y convenia en verdad que los detractores de Luis XIV ensalzasen á su sobrino, tan diferente de él, y que los que se burlaban de la religion y grandes calidades del primero, escusasen de buena gana la inmoralidad, la funesta ligereza y la indolencia culpable del segundo

— El 25 y 29 de octubre, censura de dos obras por la asamblea del clero. Esta asamblea habia empezado viviendo aun Luis XIV; y habia decretado desde sus primeras sesiones el examen de dos

escritos que acababan de parecer, los *Hexaplas*, y el *Testimonio de la verdad en la Iglesia*. Los *Hexaplas* eran una coleccion de pasages de los Padres reunidos para justificar las proposiciones de Quesnel : su autor era Fouillou. Truncar ó alterar las frases, presentarlas bajo un aspecto favorable, no mostrar sino lo que podia ser util á su partido; esto es lo que él habia hecho. El *Testimonio* no era menos pernicioso : era del padre la Borde, del Oratorio, en el que sujetaba los pastores á los pueblos, exhortaba á decidirse por la via de examen, y no hablabá sino de violencia, de tiranía y de persecucion. Esta última obra habia sido suprimida por el parlamento de París el 21 de febrero precedente. La asamblea del clero creyó tambien deber elevarse contra estas producciones peligrosas, y nombró dos comisiones para examinarlas; pero despues de la muerte del rey se quiso impedir su censura. Algunos alegaban el bien de la paz, los otros prelados creyeron que su silencio en esta conyuntura seria una timidez condenable; las dos censuras fueron formadas, aprobadas y firmadas de todos los obispos de la asamblea; ordenaron á mas que se imprimiesen y enviasen á las provincias; pero habiendo prohibido su impresion el regente, los miembros de la asamblea sacaron por sí mismos copias de ellas. Los *Hexaplas* y el *Testimonio* han sido tambien censurados por algunos obispos particulares. Al primero de estos libros opusieron los *Anti-Hexaplas*, en que se muestra la conformidad

de la constitucion con los libros santos y los escritos de los Padres.

## 1716.

— El 4 de enero, la facultad de teología de París declara que ella no ha aceptado la constitucion. La licencia habia llegado á ser extrema en este cuerpo. Los doctores daban un libre vuelo á sus discursos : insultábase la memoria del difunto rey; prorumpian en invectivas contra la santa Sede, contra la constitucion, contra los obispos. Se ponian á porfia á cual de ellos haria las proposiciones mas atrevidas. En vano los miembros mas prudentes querian llevar á sus colegas á la moderacion y á la obediencia : sus voces eran cubiertas de clamores tumultuosos. Para colmo del mal la facultad se halló tener un síndico enemigo violento de la bula. El celo impetuoso y turbulento de M. Ravechet arrastró á su cuerpo. Atacó desde luego á su predecesor el doctor le Rouge, cuyo único crimen era el haber contribuido en 1714 á la aceptacion de la constitucion : hizo tomar la resolution de tener en suspension el decreto de 5 de marzo; pretendió en seguida que la facultad habia bien registrado la constitucion, pero que no la habia aceptado : finalmente el 2 de diciembre de 1715, por medio de sus manejos, y los de algunas